

el edificio espiritual, y en ninguna manera ha de resistir á lo que quisiere hacer de él. Y mas: asi como el instrumento no escoje en lo que ha de servir, asi tampoco lo ha de escojer el religioso, sino dejarlo á juicio y parecer del artifice, que es el superior. Y mas abajo, prosiguiendo esta comparacion, dice que asi como el instrumento no se mueve cuando está ausente el artifice, porque no tiene movimiento de suyo, sino solamente el que le da el oficial, asi el religioso no se ha de menear, ni hacer negocio ninguno sin parecer y orden del superior: ni aun en las cosas mínimas ha de tener señorío de sí, ni aun por un solo punto de tiempo: *ne ad punctum quidem temporis*, sino siempre y en todas las cosas ha de ser movido y gobernado del superior. Esta es la forma y traza de la obediencia que tenemos de tener en la Religión.

Acuérdome que decía un Padre muy grave (1), y que habia sido mucho tiempo superior en la Compañía, que quince años se le habian pasado en ella que no entendió que era menester dar razon de ninguna cosa de la obediencia: parecíale que hacia agravio al súbdito en darle razon de lo que le ordenaba. Procedian todos con tanta simplicidad y rendimiento, que no habia quien se pusiese á discurrir sobre las cosas que ordenaba el superior; sino en sabiendo «obediencia es,» sujetaban su juicio infiriendo «luego bueno es, lo mejor es, él sabrá el por qué.» Esto habemos de procurar llevar adelante; y los mas antiguos se han de aventajar y esmerar mas en ello, y no pensar que por esto tienen mas licencia para juzgar y examinar las obediencias y ordenaciones de los superiores.

De nuestro bienaventurado Padre San

(1) P. Antonio de Araoz.

Ignacio leemos (1) que, siendo ya general en la Compañía, dijo diversas veces que si el Papa le mandase que en el puerto de Hostia, que es cerca de Roma, entrase en la primera barca que hallase, y que sin mástil, sin gobernalle, sin vela, sin remos, y sin las otras cosas necesarias para la navegacion y para su mantenimiento, atravesase la mar, que lo haria y obedeceria, no solo con paz, mas aun con contentamiento y alegria de su ánima. Y como oyendo esto un hombre principal se admirase y le digese: «¿y qué prudencia seria esta?» Respondió: «La prudencia, señor, no se ha de pedir tanto al que obedece y ejecuta, cuanto al que manda y ordena.»

CAPITULO VII.

De la obediencia que se ha de tener en las cosas espirituales.

No solamente habemos de sujetar y rendir nuestro juicio y parecer en las cosas que parecen conformes á nuestra carne y sangre, sino tambien en las que le son contrarias y de suyo muy espirituales y santas. No piense nadie que en esas cosas tiene licencia de apartarse de la voluntad y juicio del superior; antes ahí es mas necesaria esta obediencia de juicio, porque como las cosas espirituales son tan altas, será mayor el peligro y la calda si no llevamos guia. Y en tanto grado es esto verdad, que viene á decir Casiano (2) que con ningun otro vicio trae tanto el demonio al monge á despenarse en su perdicion, como cuando le persuade que, despreciados los consejos de los mas ancianos, se fie en su juicio, resolucion y ciencia. Y trae Casiano y

(1) Lib. 5, cap. 4 de la vida de N. P. San Ignacio.
(2) Cassian. collat. 2 abbatís Moysis, cap. 12.

tambien San Juan Climaco (1) muchos ejemplos de monjes, que eran muy espirituales y muy dados á la oracion y ya antiguos y viejos; y por fiarse de su propio juicio, y quererse regir y gobernar por él, vinieron á ser muy gravemente engañados del demonio. A uno le hizo que viniese á querer sacrificar á su hijo que estaba juntamente con él en el monasterio, haciéndole creer que seria otro Abraham; y pusiéralo por obra, sino que el muchacho, viéndole aguzar el cuchillo y preparar los cordeles para atarle, sospechándolo, huyó. A otro le vino á traer á que se despeñase, persuadiéndole que seria mártir y que se iria luego derecho al cielo. De Heron monje, cuenta Casiano, que era de tanto recogimiento y abstinencia, que aun el dia solemne de la Pascua, cuando los demas monjes se juntaban en la iglesia y tomaban alguna recreacion y comian alguna cosa mas, él no queria salir de su celda, ni quebrantar su abstinencia, añadiendo siquiera algunas yervas, sino su comida era siempre pan y agua, y eso con mucha medida; y vino con esto á engendrarsele una soberbia y un juicio propio tan grande, que le persuadió el demonio que era tan santo que ya para él no habia peligro ninguno en esta vida, y que aunque se echase en un pozo, no se haria daño alguno, sino que los ángeles le recibirian en palmas para que no se hiciese mal. Y asi una noche se echó en un pozo muy hondo para probar su virtud y merecimientos grandes; pero hirióse malamente y murió de ello al tercero dia. Acudieron luego los monjes al ruido, y con grande trabajo le sacaron medio muerto, y con ver al ojo el daño que habia recibido, y persuadirle todos que se arrepintiese, no hubo remedio de que creyese que habia sido ilusion, y así acabó mi-

serablemente. Para que por aqui entendamos el peligro grande que hay en fiarse uno de su propio juicio, y no se rendir y sujetar á quien debe, y esto por muy antiguo y espiritual que sea. Y asi vino á decir un Santo, y con mucha razon, que el que se cree á sí mismo, no ha menester demonio que le tiente, porque él es demonio para sí.

San Crisóstomo dice (1) que el que se fia de su propio juicio, por muy espiritual que sea, está á mayor peligro de errar que el muy principiante que se deja guiar y gobernar por otro; y compara al primero á un gran piloto que, fiado de su destreza, se entrase en medio de la mar en un navío sin remos, ni velas; y al segundo, al que no sabiendo nada de la facultad, se fiase de un muy diestro marinero que en su navío muy aprestado le pasase.

Pues no se engañe nadie pareciéndole que en cosas espirituales, como en ayunos, oraciones y otras penitencias y mortificaciones, se puede apartar de la obediencia y guiarse por su propio juicio; porque, como nota muy bien Casiano (2), una misma manera de desobediencia es quebrar el mandamiento del superior por gana de trabajar como por gana de estar ocioso. Y San Basilio dice: «Id siempre muy fundado en este principio, que no habeis de hacer cosa alguna, por buena que os parezca, contra el parecer y voluntad del superior; porque ya no sois vuestro, sino de la Religión; y asi eso será hurto, y aun sacrilegio, porque es de cosa que estaba ya dedicada y ofrecida á Dios;» y dá una buena razon: «si lo que haceis es bueno y cosa que os conviene; ¿para qué lo quereis hacer á escondidas y sin licencia (3)?» Tanto de-

(1) Chrysost. hom. 7, super 1. epist. ad Cor.

(2) Cass. collat. 4 abbatís Daniel, cap. 20.

(3) Hoc apud te constanter teneto, ut nihil omnino quidquam praeter illius sententiam facias; quid enim eo insciente facis, id furtum, et sacrile-

(1) Cassian. ubi sup. cap. 6 et sequent. — Climacus, gradu 4.

sea el superior vuestro bien como vos: decidsele, y él os dará licencia para ello, y así lo hareis con bendicion y con provecho; no lo hagais de manera que no solamente no aproveche, sino antes os dañe; no se os diga á vos aquello de Isaias: «¿Para qué os quereis cansar en valde (1)?»

Dicen muy bien los santos Gregorio y Bernardo (2): cosa mala nunca se ha de mandar; y en cosa que sea pecado, claro está que no ha de obedecer el súbdito; pero el dejar de hacer alguna cosa buena porque la obediencia lo prohíbe, débese hacer. No era malo, sino bueno, el árbol del paraíso que Dios prohibió á nuestros primeros padres; pero para que con aquella obediencia pudiesen merecer mas y mostrar la sujecion y reconocimiento que debian á su Criador y Señor, quiso Dios prohibirles y mandarles que no comiesen de aquello que pudieran lícita y santamente comer si no se les hubiera prohibido. Pues así tambien los superiores prohíben algunas veces cosas que de suyo son buenas, ó porque no le convienen al súbdito por entones, ó para probar su virtud y obediencia.

Añade en esto San Basilio una cosa particular; dice (3) que la verdadera y perfecta obediencia del súbdito no se echa tanto de ver en dejar de hacer lo malo, cuanto en dejar de hacer lo que de suyo es bueno y santo cuando le mandan que lo deje: y la razon de esto es, porque lo malo, aunque no se lo prohibieran, lo habia de dejar por ser malo; pero lo que de suyo es bueno y santo, solamente lo deja porque se lo man-

gium est, tibi que exitium, non autem utilitatem ullam apportat, esto tu id bonum judices. Nam si bonum est, quid ita clam fit, ac non in aperto? Basil. serm. seu exhort. ad vitam monasticam.

(1) Ne offeratis ultra sacrificium frustra. Isaias I, 13.

(2) Greg. lib. 3 Moral., cap. 13.—Bernard. de ordine vite et morum institutione.

(3) Basil. serm. de institut. Monast., et serm. 1 exercitationis ad pietatem.

dan; y así resplandece ahí mas la virtud de la obediencia, pues si ella no estuviera de por medio no parece que habia por qué dejarlo. Y por el contrario tambien, cuando uno no se rinde y sujeta en las cosas espirituales, y que de suyo eran buenas y santas, muestra mas su propia voluntad y dureza de juicio, porque en otras cosas hay algun gusto y sensualidad, que hacen á uno faltar en el silencio, en la modestia, en la templanza, ó en otras obediencias semejantes; pero en estas, que son contra nuestra carne y sensualidad, no hay otro gusto sino hacer uno su propia voluntad y seguir su propio juicio, todo es desobediencia y dureza de cabeza: y así viene á ser que en lo que uno piensa que agrada mas á Dios, y que hace una obra de supererogacion y perfeccion, en eso muestra mas su imperfeccion y desagrada mas á Dios y á los superiores. Dios os guarde del caballo duro de boca, que como no siente ni obedece al freno, se sale con lo que quiere, y cuando menos penseis dará con vos en una esquina ó en un despeñadero. El buen caballo ha de ser blando de boca, que tome bien el freno, y se deje llevar y gobernar: así el religioso ha de ser blando de juicio, que tome muy bien el freno de la obediencia y se deje gobernar y llevar fácilmente á una parte y á otra.

En la Historia Eclesiástica se cuenta (4) de aquel gran Siervo de Dios, que llamaban Simon Stilita, que quiere decir: «El sentado en la columna.» *In columna sedens.* Tenia su asiento y estaba haciendo penitencia siempre en una columna de cuarenta codos en alto, en el invierno padeciendo gravísimos frios y en verano grandísimos calores; y era tan grande la penitencia, y abstinencia que allí hacia, que venian algunos á

(4) Evagrius Epiphaniensis, lib. 1, cap. 13; et Theodoretus ut testis oculatis, et referitur in VII Synodo generali.

dudar si era hombre, porque no parecia que hombre humano podia hacer ni padecer lo que él allí padecia, especialmente que veian que cada año ayunaba todas las cuaresmas sin comer ni beber nada en toda ella. Pues viendo aquellos santos Padres del Yermo aquella manera de vida tan estraña y peregrina, hacen junta y congregacion sobre el caso para ver lo que convenia, y la resolucion que tomaron fué enviarle un recaudo en esta manera: «¿Qué manera de vivir tan nueva y nunca usada es esa? ¿Qué quiere decir que hayais vos dejado el camino usado y trillado de los Santos, y tomado un camino tan peregrino y tan nuevo que nunca nadie lo usó? Los Padres se han juntado en congregacion, y mandan que os bajeis luego de ahí y que sigais el camino comun y ya hollado que siguen los demas monjes, y os dejéis de novedades.» Pero advierten al mensajero, que si él en oyendo este recaudo le obedeciese y luego con prontitud y alegria quisiese bajar de su columna, que le daban licencia para que se estuviese quedo y perseverase en aquel tan nuevo como riguroso modo de vivir, porque su obediencia era suficiente testimonio de que aquel camino era de Dios; pero si resistiese y no quisiese bajar y obedecer, mandan que por fuerza le haga bajar y quitar luego de allí. Va el mensajero con aqueste recaudo al Santo, y apenas habia acabado de declarar el mandato que llevaba de los Padres, de que bajase de allí, cuando él habia echado el un pie para bajar y obedecer. Entonces el mensajero dále el segundo recaudo que llevaba, y dícele: «Tened buen ánimo, Padre mio, y perseverad en hora buena en esa manera de vivir que habeis tomado, porque de Dios es, y así les ha parecido á aquellos Padres (1).» Débese ponderar mu-

cho aqui, por una parte la grande obediencia y rendimiento de juicio del Santo en una cosa tan buena y que entendia él que era de Dios; y por otra, cuánto caso hicieron todos aquellos Padres de aquella obediencia y rendimiento, pues la tuvieron por señal bastante para juzgar que aquel era espíritu de Dios; y si no se rindiera y sujetara luego á la obediencia, luego lo juzgaran por suficiente para no tenerlo por bueno.

Esta señal es muy buena, y usan comunmente de ella los confesores y maestros de espíritu en muchas cosas, para conocer si nacen de buen espíritu, ó no. Está el penitente muy aficionado á comulgar muy á menudo, y dícele el confesor que no comulgue tan á menudo. Está deseoso de hacer mucha penitencia, muchos ayunos, disciplinas y cilicios; y el otro querria dormir en el suelo, y el otro dormir menos, y otras cosas semejantes. Muy bueno es por cierto, y muy loable el deseo de mucha penitencia y mortificacion; y de los dos extremos, lo que tiene menos sospecha es inclinarse antes contra sí que por sí; porque la naturaleza del amor propio siempre se ha de temer y tener por sospechosa. Pero lo que es mejor en todas estas cosas, y sin sospecha ninguna, es dar uno cuenta al superior, ó al confesor, de todo lo que hace y de todo lo que desea, y regirse por lo que él determinare: con eso agrada mas á Dios y merecerá mas. Y nótese aquesta teología, que es muy buena y muy cierta: si uno tiene deseo eficaz de hacer algunas penitencias, ó mortificaciones, y dando cuenta de ello al superior le ordenare que deje las tales obras, obediendo en esto, no solamente no pierde el mérito y ganancia de aquellas obras, antes la acrecienta y dobla; porque gana por una parte el valor y mérito de las tales obras y penitencias por la voluntad eficaz

(1) Bono animo sis, et strenue rom gere; statio tua a Deo est instituta.

que tenia de hacerlas; y por otra parte, gana el valor y mérito de la obediencia, dejándolas por obedecer. Y algunas veces será mayor este mérito que el primero, por la mayor abnegacion y resignacion de su voluntad y juicio, dejando lo que tanto deseaba por obedecer y hacer la voluntad de Dios declarada por el superior. Y asi le fué enseñada del cielo esta teología á la bienaventurada Santa Brígida: era esta santa muy aficionada á grandes penitencias, y el Padre espiritual que la gobernaba, quitóle en un tiempo parte de ellas, porque asi convenia á la salud. Ella, aunque obedeció, hizozele dificultoso, y temia no recibiese su alma algun detrimento en la virtud. Apareciósele la Virgen Sacratísima, y dijole: «Mira, hija, si dos hombres desean ayunar un dia por su devocion, y el uno, que está en su libertad, ayuna de hecho, recibe una paga por aquel ayuno; y si el otro, que está en obediencia, no ayuna porque se lo ordena asi el superior, este recibe la paga doblada; la una, porque deseó ayunar de buena gana; la otra, porque negó su voluntad y obedeció (1).»

Aun allá los filósofos gentiles conocieron y estimaron mucho esta manera de obediencia y rendimiento. Cuenta Plutarco, de Agesilao, que era un capitán famosísimo de los lacedemonios, que andando él muy ocupado en las guerras contra los enemigos de la patria, y sucediéndole las cosas muy prósperamente, con grandes victorias y pujanzas, le llegó un dia un recaudo de su república, mandándole que se retirase; y estando él en medio de sus honras, y con gran ventaja sobre los contrarios, luego cesó y se retiró. Y dice Plutarco que ganó mayor honra y fama con esto que con cuanto habia hecho en toda su vida.

(1) Lib. IV. revelationum S. Brigidæ, cap. 26.

Pero dejemos ejemplos estraños, pues los tenemos propios. ¿A quién no espantará aquella grande obediencia del P. San Francisco Javier (1) (que con razon estimaba en tanto nuestro P. San Ignacio), que teniendo en las manos la conquista y conversion de un nuevo mundo, y llamándole nuestro Padre á Roma con sola una letra, que puso al fin de la carta, junto á su firma, que era una I, que en romance quiere decir *id*; estaba muy satisfecho que luego dejaria aquella tan grande empresa, y tomaria el camino para Roma desde casi lo último del Oriente, y sin duda lo hiciera, si antes que llegara la carta no fuera ya ido á gozar de sus trabajos al cielo?



CAPITULO VIII.

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

Del abad Nesteron se dice que el dia que entró en Religion hizo cuenta consigo: «Yo, y el jumento de casa todo es uno. De hoy mas has de ser como él. Todo lo que le echan á costas lo lleva, sin decir por qué, ni para qué; mucho es, ó poco es; no resiste en cosa alguna, ni tiene juicio contrario; y aunque le den de palos, no se injuria ni deja de trabajar, y por ser animal humilde y despreciado, de todos es tenido en nada, y con un poco de paja le hacen pago (2).» Y mas, asi como la bestia no va por donde quiere, ni descansa cuando quiere, ni hace lo que quiere, sino en todo y por todo obedece al que la rige; asi ha de hacer tambien el religioso. Y como la bestia no come para sí, ni descansa para sí, sino todo es para servir mas á su due-

(1) Lib. 6, cap. 8 de su vida.

(2) Ego, et asinus unum sumus. Quidquid ei imponitur, hoc portat, et sine mora. In vitis Patrum libelo de humilit. pag. 652 in nova impressione.

ño; asi tambien el religioso no ha de comer para sí, ni dormir, ni holgar, ni descansar para sí, sino todo eso ha de ser para servir mas á Dios nuestro Señor y á la Religion. «Como un jumento, Señor, estoy delante de ti,» decia el Profeta David (1). Pues hacedos vos como un jumento en la Religion, y de esa manera aprovechareis mas en ella.

Cuenta Simeon Metafraste, y tráelo Suario en la vida de Santa Melana romana, un ejemplo que solia ella contar á sus religiosas. Llegó un mancebo á uno de aquellos grandes monjes antiguos, diciendo que queria ser su discípulo: el viejo, queriéndole mostrar cuál habia de ser, si queria ser religioso ó discípulo suyo, mandóle que á una estatua, que alli estaba, la azotase y diese de palos y de coces. El mancebo hizo asi. Y hecho, preguntóle el viejo, si la estatua se habia quejado ó resistido. Respondió el mancebo que no. Pues torna, dice, de nuevo á herirla, como de primero y fuera de eso, dile muchas injurias y baldones; y como el mancebo lo hiciese asi segunda y tercera, tornóle á preguntar el viejo si se habia sentido y agraviado de aquello la estatua. Respondió el mancebo que no, porque al fin era estatua que no sentia ni hablaba. Entonces dicele el viejo: «pues si tú puedes sufrir que yo haga contigo lo que tú has hecho con esta estatua, sin resistir, ni contradecir, ni agraviarte de ello, entra en buen hora á ser mi discípulo; pero sino, vuelve á tu casa que no eres para religioso.»

De Santa Gertrudis se lee que tenia una abadesa de mucha santidad, pero era mal acondicionada y daba respuestas desabridas. La Santa rogaba á Dios que le quitase aquella mala condicion. Respondióle el Señor: «¿Para qué quieres que se la qui-

(1) Ut jumentum factus sum apud te, et ego semper tecum. Ps. LXXII, 33.

te, pues con esto tiene ocasion de mantenerse en humildad, que viendo que ha caido en alguna impaciencia se humilla y reconoce su flaqueza? Y tambien ¿qué mereceriades vosotras en obedecer si ella fuese bien acondicionada? Yo le dejo esa falta para ejercicio vuestro y para que aprendais á obedecer.»

Semejante á esto es lo que cuenta Bloisio (1) de la misma Santa, que orando ella una vez por un defecto de cierta persona que gobernaba una congregacion, le apareció el Señor y le dijo: «Yo por la abundancia de mi piedad, dulzura y amor divino, con que escogi esta congregacion, permito que tengan algunos defectos aun los mismos que la gobiernan, para que por ese camino se aumente el merecimiento de la congregacion, porque mucho mayor virtud es sujetarse á alguno, cuyas faltas se conocen, que á otro cuyas obras parece que son perfectas. Yo permito que los superiores tengan algunos defectos y que por las muchas ocupaciones y diversos cuidados que tienen, algunas veces se descuiden, para que se humillen mas. El merecimiento de los súbditos crece y se aumenta asi con los defectos como con las virtudes de quien los gobierna, y de la misma suerte crece el merecimiento de quien los gobierna y rige, como es razon, asi con el aprovechamiento y virtudes como con los defectos de los súbditos.» En las cuales palabras del Señor, entendió Santa Gertrudis la abundantísima piedad de la sabiduria divina que tan secretamente dispone la salvacion y remedio de sus siervos, permitiendo faltas en ellos para hacerlos mas perfectos.

En la vida de San Antonio escribe San Atanasio, de aquellos monges antiguos que se dedicaban á la obediencia, que buscaban

(1) Blois. cap. 4. Monil. spiritualis.

superiores ásperos y desabridos que no les agradeciesen lo que por ellos hacian, sino que los reprendiesen, como lo hacia Pacomio á Teodosio su discípulo, para purificarle, si habia algun polvo de vanagloria. Y mientras los superiores eran mas difíciles y desabridos, ellos eran mas obedientes. Una de las maneras religiosas de vivir, que usaban aquellos santos padres antiguamente, era estar dos discípulos debajo de la disciplina y correccion de un padre viejo, al cual tambien servian en todas las cosas, de la manera que un siervo sirve á su señor. Por donde asi como el señor á cada paso tiene ocasion de reprender y castigar á su siervo, por no hacer las cosas á su voluntad, asi tambien aquellos maestros tenian esta misma ocasion: y asi unas veces por la aspereza de su condicion, otras por ejercicio de su virtud, usaban tratar ásperamente á sus discípulos: hasta los treinta años, dice San Juan Clímaco que los probaban en varios trabajos é injurias.

Cuenta Casiano (1) de una muger noble y rica, que vivia en la ciudad de Alejandria muy religiosamente, que recibia tanto gusto en padecer que no se contentaba con llevar de buena gana las penas y trabajos que se le ofrecian, sino andaba buscando y procurando que se le ofreciesen nuevas ocasiones para ejercitarse mas en la paciencia y mortificacion. Y con este deseo fué al santo obispo Atanasio, y pidióle que le diese una viuda, de las que sustentaba la Iglesia, para sustentarla y regalarla en su casa. El santo obispo, alabando su buen deseo, mandó que le diesen una, la mas sierva de Dios, y de mas buenas y apacibles condiciones que hubiese. Llevóla á su casa, y servíala y regalábala mucho. Pero como viesse la blandura y comedimiento de la muger, y que todo era darle gracias y alabarla por

(1) Cassian. colat. 18, cap. 14.

los servicios y buenas obras que le hacia, volvió al obispo, y quejósele mucho que cómo habiéndole pedido una muger á quien sirviese, para ejercitarse y aprovecharse, no se la habia dado? El Santo, no entendiendo bien su deseo, pensando si por descuido no le habian dado muger alguna, informóse de ello, y hallando que le habian dado la mejor de todas, y entendiendo por allí el fin y motivo de su peticion, respondió que él proveeria. Y manda que le den la mas mal acondicionada y de menos virtud de cuantas habia. La cual, dice que fué mas fácil de hallar que la buena. Escogió, pues, una muger seca, desgraciada, ingrata, melancólica, airada, habladora, rencillosa, etc. Llévala á su casa, comiéndola á servir con gran caridad y humildad como á la primera, y aun mas. Y de todo no recibia de ella otra paga, ni otro agradecimiento, sino riñas, afrentas, maldiciones; dábala en rostro con todo, y decia que no la habia traído allí para regalarla, sino para atormentarla; y aun algunas veces se encolerizaba tanto que venia á poner en ella las manos. A todo esto callaba la santa muger y sufría, doblando y tresdoblando el servicio y el regalo; mientras mas injurias recibia, mayores servicios y beneficios le hacia: como los cuales ejercicios sentia ella grande ayuda y provecho en su alma. Y asi fué á dar las gracias al obispo, porque le habia cumplido su deseo, dándole tal maestra de paciencia, con quien tuviese perpétua ganancia; y ocupada en estos y otros ejercicios, murió en el Señor.

Solia contar el abad Pemenes lo que le habia acontecido con el abad José, siendo novicio. Y era, que teniendo en su monasterio el abad José una higuera muy hermosa, le enviaba cada mañana á que comiese de ella, que para la abstinencia que los monjes profesaban era una cosa extraordinaria. Un día que se lo dijo era viernes, y

él no osó comer entonces por no quebrantar el ayuno de aquel día, tan recibido y universal de todos ellos: remordiéndole despues la conciencia por no haberle obedecido, fué á él y dijole: «Perdóname, Padre, en lo que te quiero preguntar; ¿qué es la causa por qué, profesando nosotros tanta abstinencia, me has mandado todos los días que coma de los higos, y especialmente en un día como este? porque te hago saber he estado muy confuso hoy, por causa del ayuno que todos solemos tener en este día, por la cual causa no me he atrevido á comer; por otra parte tengo vergüenza y remordimiento de no haberte en esto obedecido, pues sé que sin causa no me mandarías tal cosa.» Respondió á esto el santo viejo: «Hijo, los Padres antiguos del Yermo no mandaban á los monjes á los principios cosas tan concertadas y hacederas, sino cosas que á prima faz algunas veces parecian desatinos y locuras, para probarlos si tenían rendimiento de juicio y verdadera resignacion de su voluntad; y cuando veian que hacian estas cosas sin replicar ni dudar, de allí adelante no les mandaban sino las cosas necesarias y convenientes.»

En las *vidas de los Santos Padres* se cuenta que uno de aquellos Santos antiguos vió una vez cuatro órdenes de justos en el cielo. El primero, era de los hombres enfermos, que en sus enfermedades habian tenido paciencia y dado gracias á Dios. El segundo, superior á este, era de los que acogian y hospedaban á los pobres y peregrinos y servian á enfermos; y finalmente se ejercitaban en obras de caridad. El tercero, era de los que dejadas todas las cosas vivian en el Yermo con mucha pobreza y abstinencia, ocupados en oracion. El cuarto orden, superior á estos, era de aquellos que por amor de Jesucristo vivian en obediencia, sujetos á voluntad agena en todo; y estos vió que estaban con cadenas y colla-

res de oro y que tenian mas gloria que los demas. Maravillado de ver esto, preguntó cómo tenian aquellos mas gloria que los monjes solitarios y los demas. Y fué respondido que la causa era porque los monjes en su soledad, y los que se ocupaban en obras de caridad, en lo que hacian cumplieran su propia voluntad; pero el obediente no, antes la sacrificaba á Dios; y como la voluntad era cosa tan estimada en el hombre, asi el sacrificarla era de tanto mérito delante Dios: y aquella honra de aquellos collares de oro, era porque abajaron sus cervices al yugo de la obediencia.

Concuerta con esto lo que se cuenta de el abad Pambo, que viniéndole á visitar cuatro monjes del Yermo, todos muy señalados en virtud, porque el primero se señalaba principalmente en ayunos y asperezas grandes que hacia; el segundo en pobreza; el tercero en caridad para con sus prójimos; el cuarto habia veinte y dos años que vivia debajo de obediencia; el santo abad antepuso este último á todos los otros tres, porque aquella virtud que tenian, la habian conservado de su voluntad; y este, dejand o totalmente su voluntad, se habia hecho siervo de la agena. Y diciendo esto añadió que los que esto hicieren, perseverando hasta el fin, se pueden llamar verdaderamente mártires.

CAPITULO IX.

De dónde nace el tener juicios contra la obediencia, y de qué medios nos ayudaremos contra ellos.

La raiz de donde nace el ofrecérsenos juicios y razones contra las cosas que ordena la obediencia, es nuestra inmortificacion. Pero dirá alguno: «eso parece que es como si preguntáramos de dónde nace ser soberbio, y respondierades que de falta de humildad. Claro está que si yo tuviera